

¿Qué te dicen las hormigas?

Primero creí que se las comía y estaba ojo al Cristo quitándoselas de los dedos cuando las aprisionaba; pero para mi asombro, descubrí que hablaba con las hormigas.

Observé que las miraba, las saludaba, se reía, se le subían por las manos, se las acercaba al oído, ella les murmuraba y tras la plática, las dejaba ir.

La curiosidad me hizo preguntar a la niña:

—¿Qué te dicen las hormigas?

Me contó que tras un largo periodo en un parque, sus amigas, fueron atacadas con insecticida. Casi diezmadas, vivieron cerca de un estanque y se refugiaron en el patio de la casa debido a las últimas inundaciones.

Le relataron de la grandeza de sus reinas, de los esforzados trabajadores, de los soldados valerosos que defendían con su vida a la población, la perfecta organización para mantener en movimiento el nido, la constante tenacidad para conseguir comida, de cómo se recuperaban de ataques o derrumbes en sus cuevas, pero insistían en preguntarle qué significaba “amor”, una palabra que habían oído de los humanos.

La niña las había escuchado lamentarse que si el amor era querer, respetar y cuidar al prójimo, los humanos no sentían amor por ellas porque las echaban con repelentes o las aniquilaban con veneno líquido que las ahogaba o las paralizaba y la niña sin saber responderles acudió a mí para que le ampliara sobre esto.

¿Cómo explicarle? ¿El amor, qué será? ¿De dónde viene? ¿Del corazón? ¿Del cerebro? ¿Del alma? Me preguntaba.

—Es dar sin pedir nada a cambio —expliqué a la niña.

Pero me contestó: “Eso es regalar”. Le expliqué que el amor va con la convicción de entregarse con gusto, ser fiel a los sentimientos, ayudar y tenerlo presente en nuestra vida más como actitud que como regla.

Creí que había quedado satisfecha.

A las dos semanas, como eran tantas hormigas, hablé con la niña para que les transmitiera que por favor se fueran, pero las quería tanto que no podía pedirles tal cosa.

Ante mi necesidad y muecas de desagrado, accedió.

Tomó a una y anunció mi exigencia.

La hormiga se fue a dar las malas noticias pero la niña me reclamó preocupada que si se iban, el nido no tendría qué comer. Ellas tomaban las migajas de pan, restos de azúcar, granos de arroz que quedaban en el suelo y hojas de las plantas del jardín para alimentar a sus grandes familias. Les significaría una labor titánica mudar millones de huevos y sería una catástrofe para la colonia.

Le pedí que les hiciera entender, que era hora de marcharse, pero la niña lloró. Traté de consolarla con comida sin embargo, la rechazó. Rogué entendiera, que eran un peligro porque socavaban las estructuras de la vivienda.

Siguió triste.

Le preparé un biberón y lo rehusó arrugando la cara.

Le cambié el pañal, pero seguía inconsolable.

Ante mi determinación, al día siguiente las vimos partir en fila india cargando con la comida y los huevos, contoneando sus cuerpos en alegre y diminuto desfile. Habían excavado un hueco y por ahí se metían para salir a otro lugar.

La mañana del siguiente día descubrí la desaparición de la pequeña.

La busqué en los rincones donde se esconde, debajo de las camas, detrás de las puertas, en el armario y en el baño hasta que encontré sólo sus sandalias al pie de la cueva.